

De artistas a docentes

Jaime Navarro Saras*

A tod@s mis compañer@s del CEDART Guadalajara,
que juntos nos iniciamos en el mundo del arte integral.

Han pasado casi 50 años (1976, creación
de los 12 Centros de Educación Artística en México).

Vengo de una generación de adolescentes que en 1976 buscábamos darle sentido a nuestra vida después de terminar la educación secundaria. Era una época donde las oportunidades de estudio se reducían al bachillerato en la universidad, algunas escuelas técnicas y las escuelas Normales. Algunos de mis compañeros intentaron ingresar a la Escuela Normal de Jalisco (hoy Benemérita y Centenaria) y no lo lograron; allí mismo les entregaron folletos donde se informaba del Cedart Guadalajara, que iniciaba a dar servicios educativos en esa época. Como atractivo, para que se animaran, les decían que era para formar maestros de educación artística. En mi caso y el de por lo menos cuatro más, entre ellos Mario Ramos Carmona, nos enteramos del tema en un programa de televisión que pasaba a mediodía por el Canal 4 (hoy Televisa Guadalajara). El asunto es que esa misma tarde acudí, junto con Jorge Mora, a las instalaciones que estaban relativamente cerca de mi casa; era un edificio de la planta alta, abajo era una bodega, por la Calzada del Águila núm. 78, a dos calles de la sede de los Bomberos y muy cerca del Parque Agua Azul.

La entrevista fue muy simple, nos preguntaron cuestiones muy generales de nuestros gustos artísticos y cómo una especie de examen, nos aplicaron unos ejercicios prácticos para ubicarnos según nuestras habilidades artísticas; eran 4 especialidades: Música, Danza, Teatro y Artes Plásticas. En mi caso, resulté hábil para dibujar y fui ubicado en la especialidad de Artes Plásticas junto a otros 4 compañeros (Candy, Yolanda, Luis Quintero y Ángel); en Danza (Alicia S., Alicia R., María Luisa, Anita, Bety Mercado, Aracely, Mary, Tere, Eva y Carmen); Música (José de Jesús “El Bato”, Martha “La gruesa”, Jorge, Sara, Luis Marcelo “El Guacho”, Evangelina, Paco, Cristóbal, Chanón y Édgar); y Teatro (Bety Islas, Coralia, Mario, Luis Cruz,

Carlos Arizaga). También se impartía educación secundaria; era un grupo de por lo menos 30 estudiantes (entre otros Marcela, Maricela Rodríguez, Yolanda Placencia, las hermanas Marta (Tita) y Luz, Mónica Montaña, Yolanda Castañeda Sevilla, Odila Montaña, los hermanos Carmen y Fernando, Adriana, Gildardo Álvarez, Gildardo, Orquídea y Ricardo, entre otros, al siguiente año se incorporaron mi hermano Edmundo y Cuauhtémoc).

En esa época asistíamos por la mañana (de 8:00 a 13:00 hrs.) a cursar las actividades artísticas (además de nuestra especialidad, también llevábamos contenidos de las otras tres especialidades) y por la tarde (de 16:00 a 20:00 hrs.) cursábamos la currícula académica (Matemáticas, Español, Ciencias Naturales y Sociales).

El primer año del bachillerato fue una especie de propedéutico; algunos no continuaron porque no era lo que buscaban y, en cambio, otros se incorporaron al grupo de bachillerato, como el caso de Abraham, además del nuevo grupo (entre otros Carlos Esparza, Jaime Orta, Horacio, José Manuel Murillo, Óscar y René Trujillo).

El segundo año de existencia del Cedart (1977-1978) fue el que para mí ha sido el mejor que tuvimos en los 3 años del bachillerato, porque nos cambiamos de la bodega de Calzada del Águila a un edificio ubicado en la esquina de las calles Pedro Moreno y 8 de Julio, en pleno centro de la ciudad, a menos de 100 metros del Exconvento del Carmen, en el cual nos impartían clases de música con la maestra Tere Hermosillo de Zambrano (QEPD) y la Sala Higinio Ruvalcaba que era el escenario para hacer presentaciones, principalmente las pastorelas y algunas obras de teatro. Además, tuvimos la suerte de ser parte del boom de la promoción y difusión del arte en Guadalajara; en aquella época había basta actividad artística en toda la ciudad y el estado (exposiciones, obras de teatro, conciertos, presentaciones de danza, en fin). Los artistas plásticos de moda y directores de teatro, danza y música eran nuestros maestros en el día a día; vivíamos extasiados porque todo era en vivo y en directo. Imposible olvidar maestros como Luis Valsoto, Claudia Cecilia Alatorre, Daniel Salazar, Consuelo Pruneda, Miguel Ángel López Medina, José de Jesús Navarro Tadeo, Cornelio García, Pepe Ruiz Mercado, Jorge Gastélum, Teresa Hermosillo de Zambrano, Federico Navarra, Onésimo González, Enrique Cala-

tayud, Ramiro Torreblanca, en las áreas académicas profesores como Silvia Ayala, Enrique Barragán, Zoila Romero, Rodolfo Quintero y nuestros directores César Delgado Martínez y Fernanda Matos Moctezuma.

Durante los tres años del bachillerato tuvimos nuestro primer acercamiento a la docencia; asistimos unos días a la Escuela Primaria Benito Juárez, por la avenida Niños Héroes, donde les dábamos clases de arte a los niños en unos talleres improvisados. Sólo fue una probadita y eso nos dejó como aprendizaje que esa era una de las posibilidades laborales una vez terminado el bachillerato. También se vino lo de la preparatoria de Ciudad Guzmán, en que algunos de nosotros participamos los fines de semana impartiendo clases allá por 1979 (estaba viva la guerra en Nicaragua entre los sandinistas y el gobierno de Somoza; esa guerra era la plática recurrente con nuestros maestros que nos invitaron y la comunidad de docentes de la prepa). También sucedió lo de los talleres de un peso por alumno en la Escuela Primaria Federal República Mexicana en Zapopan (reseñado en el libro del Día del Maestro 2021).

Una vez egresados del bachillerato nos ofertaron lo de la extensión pedagógica, con la cual nos darían el título (realmente fue un diploma), como instructores de arte. Este curso duró un año y la atención académica corrió a cargo del Instituto Federal de Capacitación de Magisterio núm. 13 (hoy CAM Guadalajara), ubicado entonces en la avenida del Sur (hoy Efraín González Luna), a espaldas de Casa Clavijero del ITESO, por la zona de Chapultepec.

En ese espacio tuvimos la suerte de encontrarnos al maestro Óscar Martínez, quien nos orientó hacia el mundo de la docencia, primero como practicantes en escuelas primarias de la zona metropolitana y después nos llevó con el maestro Carlos Garcés, quien entonces era director de Educación Primaria Federal de la extinta Delegación de la SEJ. Años después se convirtió en delegado o responsable de los servicios educativos de las escuelas federales en Jalisco (equiparable a lo que hoy es el secretario de Educación Jalisco). Con el maestro Garcés participamos en la elaboración de un carro alegórico que fue parte de una caravana con otros carros alegóricos por toda la ciudad de Guadalajara; a los años (1986) facilitó las cosas para que Candy y yo accediéramos a plazas en educación secundaria.

Muchos de nosotros anduvimos picando piedra en escuelas particulares (primarias, secundarias, escuelas Normales, preparatorias) hasta que se apareció (en mi caso, la maestra María Trinidad Martínez), que era mi compañera en la Escuela Normal Superior de Jalisco, donde estudiábamos juntos la especialidad de Pedagogía y que, por azares del destino, era quien me daba aventón a mi casa, ya que salíamos de la escuela a las 22:00 y los camiones eran escasos a esa hora. En una de tantas pláticas me preguntó en dónde trabajaba; le comenté que lo hacía en la Escuela Normal La Esperanza dando Teatro, en una escuela secundaria abierta ubicada en el centro de la ciudad y los fines de semana en el Departamento de Bellas Artes en la Delegación de Jalostotitlán (en los Altos de Jalisco) organizando talleres y coordinando las actividades artísticas de la región y las que enviaba el propio Departamento. Entonces me propuso una plaza como maestro de música en preescolar; sólo por no dejarlo, le dije que sí. Me dijo que me esperaba al siguiente día en la Delegación Jalisco; asistí y la busqué y, para mi sorpresa, supe que era la directora de Educación Preescolar. Entregué papeles y me dieron el nombramiento para trabajar en jardines de niños de la Zona 25, que entonces abarcaba Tonalá, El Salto y Juanacatlán. La supervisora me envió a las escuelas más lejanas, pero acepté con gusto porque ya tenía una plaza federal (lo mismo le sucedió a Candy, Mario y Paco; ellos apoyados por la supervisora de la Zona 08, Ana Rosa Arzate, colaboradora cercana de la maestra Trini, como la llamaban de cariño), esos hechos sucedieron en 1982.

Después vinieron otras historias, pero de ello hablaremos en otra ocasión; lo cierto es que, en mi caso y el de muchos de mis compañeros del Cedart, la docencia llegó a nuestras vidas de manera fortuita. La mayoría, creo, alguna vez soñamos con dedicarnos al arte como una forma de vida, pero eso no fue posible; sin embargo, haber llegado a la docencia nos formó y fortaleció, a tal grado que todos, excepto yo, actualmente gozan de la jubilación después de haber servido a la SEP o la SEJ durante 28 o 30 años, y estoy seguro que ninguno de ellos se arrepiente de haber llegado a la docencia y haberse hecho de un nombre en este mundo maravilloso de la educación.

*Pedagogo. Editor de la Revista Educ@rnos. jaimenavs@hotmail.com